brilla en lugares donde se abusa de sus rayos y que va á iluminar otras regiones que viven en tinieblas. Veo un vasto campo inculto: el Padre de familia envía allí sus operarios para cultivar aquella tierra regada con la sangre de los mártires. La cargará de bienes, y cuanto más fértil sea, tanto más producirá, y lo superfluo pasará á manos de los que viven en la indigencia. La gloria del Señor es inmensa; sus juicios son juicios secretos.

»Tales son las palabras que he oído y que os refiero por obediencia».

Juana Le-Roger, ó sea Sor Natividad, no menos conocida por sus profecías que Sor María Lataste, tiene con ésta muchos puntos de contacto. Citaremos de ella un corto pasaje, también relativo al Gran Monarca.

«Jesucristo, dice, me hizo ver un camino recto, pero obscuro y tenebroso, y todo lleno de guardias y personas armadas para impedir el paso. De repente apareció un hombre fuerte y robusto que quería pasar por aquel camino: en su izquierda llevaba una hoz y en la derecha una espada de dos filos, como si hubiese de luchar contra todo un ejército. No obstante las insidias y los esfuerzos de aquellos enemigos, este hombre valeroso é intrépido llegó facilmente al fin, y de allí se volvió contra ellos para zaherir á su vez la flaqueza y cobardía de los mismos...»

Este pasaje no necesita de comentarios, porque es tan claro como pueda desearse. Si el lector los necesita, medite un poco y se los encontrará hechos.

Profecía de San Ángelo, mártir.

Esta profecía está copiada de la *Vida de San Angelo, Mártir, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen*, libro escrito en 1227 por Enoch, testigo ocular. La profecía, diálogo entre Jesucristo y el Santo, es del cap. XV y dice lo siguiente:

«—San Angelo. Señor, tened piedad de vuestra Iglesia y apartad de vuestro pueblo los rayos de vuestra cólera. Por él moristeis con clemencia y lo rescatasteis derramando vues-

tra preciosa sangre; suscitad ya, Señor, un Enviado que liberte vuestra Ciudad Santa y la arranque de la servidumbre en que la tienen sus enemigos.

«—Jesucristo. Cuando mi pueblo se arrepienta y siga mi camino, cuando abrace la justicia y la observe, aparecerá mi enviado, el cual libertará mi Iglesia, restablecerá la paz y será en todas las naciones el consuelo de los justos.

«—San Angelo. ¿Quién será, Señor, este Libertador de vuestra Ciudad?

«—Jesucristo. Aparecerá un Rey de la antigua raza de los reyes de Francia, hombre de insigne piedad para con su Dios. Será honrado de los príncipes cristianos y en todo se sacrificará por la Fe Católica, y su poder se extenderá muy lejos por mar y por tierra. Entonces, salvada la Iglesia como de una destrucción cierta, se unirá este Rey con el Pontífice Romano y le sostendrá. El error será destruído entre los cristianos, y la Iglesia recobrará el esplendor tan deseado por los buenos. Reunirá este Rey un ejército, al que se unirán espontáneamente muchos guerreros, y juntos se lanzarán al combate por la gloria de mi Nombre. El amor de la Cruz, de que estarán poseídos, les hará obtener muchos trofeos, cuyo esplendor se elevará hasta el cielo. El Monarca equipará enseguida una armada naval, pasará los mares, y devolverá á la Iglesia los países que ésta había perdido. Librará á Jerusalén».

Esto dicho, Jesucristo desapareció de los ojos del Santo, en el seno de una nube resplandeciente.

Profecía del siglo XVI.

Hemos reproducido en *Luz Católica* profecías de grandes Santos, y otras tan respetables como las de Savonarola, Holzhauser, Ricci y Bug de Milhas. Más de cien profecías podríamos añadir á éstas. No son muchas las que sólo al Gran Monarca se refieren; pero todas dicen algo, y algunas dan detalles muy curiosos. Entre las de menos nombre, aunque tal vez no por esto menos respetables, escogemos la siguiente, tomada del *Vaticinorum liber primus,* colección de profecías publicada en 1584, que tiene en su favor el cumplimiento literal de muchas de ellas.

Habla de los reyes de Francia, hasta Luis Felipe de Orleans, á quien alude clarísimamente (1), y pasa de él al Gran Monarca, de quien dice:

«Viene después un príncipe muy ilustre que obtiene el soberano imperio, más bien por la natural fuerza de las cosas y el prestigio de su nombre, pues desciende de muy noble raza *(eximia stirpe oriundus)* (2), que por aclamación del pueblo. Sin embargo, el pueblo le aclamará con sincero entusiasmo.

En la paz descollará este príncipe por su saber, y en la guerra por su valor. La victoria le acompañará dondequiera; perdonará espontáneamente á sus enemigos, y extenderá muy lejos las fronteras de su imperio *(fines imperii sui)*. Bajo su reinado serán recompensados los buenos, y los malos temblarán y serán castigados. Su gobierno será tal, que apenas será posible desear otro mejor *(ut vix optatior et felicior possit esse)*. Reinará largo tiempo».

Un pasaje de Magnol.

Magnol, dice Peladán, escribió un libro lleno de ciencia sobre la cuestión que ventilamos: es *Le Triomphe de Jesus-Christ et de son Eglise* (París, 1818, in 8.°). Después de abundantes citas sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, Magnol concluye de este modo:

«¿Quién será este servidor de Cristo, este hombre privilegiado que ha de ejercer en la tierra la justicia y la misericordia de Dios, que no hace más que hablar y las cadenas se rompen, las cárceles se abren, los cautivos recobran la libertad, los pobres son dichosos, los impíos y sus jefes son confundidos, pulverizados, consumidos, la abundancia sucede á la carestía, los bienes y herencias usurpados son restituídos, los fieles son colmados de gracias?

»Sin concluír nada de estas cosas, yo comparo; yo procuro saber si conviene al mismo personaje lo que se ha escrito

(1) Varios profetas parecen insinuar que, antes del Gran Monarca, un Orleans usurpará otra vez el trono de Francia.

(2) Pero esto no se sabrá cuando el gran hombre aparezca, sino cuando haya triunfado: es constante en todas las profecías.

del Santo de los Santos, que debe ser consagrado después de las setenta semanas (Dan. IX); lo que del sucesor de Sobna y de Eliacim, prometido para que sea el padre de los fieles (Is. XXII). Y pienso en el hijo varón que Sión da á luz en medio de sus dolores (Is. LXVI); en el gran Sacerdote Jesús que es elegido, revestido y adornado con hábitos nuevos y tiara, no obstante la oposición de Satanás (Zach. III); en el hijo varón del cap. XII del Apocalipsis (1); en aquel de quien Esdras habla bajo el símil de un león y de un aliento, reservado por el Señor para el fin. Yo considero que el Señor llama á éste su siervo del Occidente, y él viene del Oriente, y hasta su nombre mismo es Oriente (Is. XLI) (2)».

Hay en este pasaje palabras y aplicaciones muy notables; medítelas el lector, que ciertamente vale la pena.

(1) Véase *Luz Católica*, núm. 12, pág. 178.
(2) Véase *ibidem*, núm. 14, pág. 211.

III

Otras profecías.

Del V. Fray Zacarías.

Fué hallada, dice el célebre P. Vieyra, en el antiguo y siempre religioso convento de Alemquer y escrita por su fundador el Santo Fray *Zacarías*, discípulo del Patriarca San Francisco: refiriéndose, pues, á dos oráculos más antiguos, los declara por estas palabras:

San Isidoro (de Sevilla) y Casandra, hija de Priamo, rey de los troyanos, unidos en el mismo sentido, dijeron: En los últimos días reinará en la ESPAÑA MAYOR *un rey dos veces piadosamente dado; y reinará por una mujer cuyo nombre comenzará en Y y acabará en L. Vendrá de las partes orientales; reinará en su juventud y limpiará á España de los vicios inmundos, y lo que no quemará el fuego, lo destruirá la espada. Reinará sobre la Casa de Agar; pondrá la imagen del Crucificado sobre el Santo Sepulcro, y será el mayor de todos los monarcas.*—Son tantos y tan particulares los misterios de estas palabras, que sólo comentadas se podrán bien entender. (PADRE A. DE VIEYRA. Discurso apologético. Lisboa, 1689).

(*Luz Católica*, n. 4=25 Octubre 1900).

De Bug de Milhas.

El nombre del profeta Bug es la fábula de muchas gentes superficiales que todo lo echan á chacota; sin embargo, Bug merece respeto. Nació en Milhas, aldea del Cominges (Pirineos), á mediados del siglo XVII: predijo terminantemente en 1780 la revolución francesa; en 1793 la fortuna de Napoleón; en 1828 las revoluciones de 1830 y 1848; hacia 1832 la caída de Francia en 1870-71. Anunció grandes cosas

de la ruina y restauración de España. Los habitantes de toda aquella montañosa región le veneraban y consultaban. Observó siempre una vida ejemplarísima, retirado en la solitaria cabaña que heredó de sus mayores, y murió santamente en 1848, cargado de años y merecimientos. No nos toca á nosotros decidir si fué verdadero profeta; basta saber que sus predicciones se han cumplido literalmente hasta hoy, razón por la cual es de esperar que se cumplirá lo que falta.

«¡Dios eterno!, dice; tus juicios son grandes é incomprensibles... Iberia, Iberia, veo crecer tu poder y tu esplendor... nada será capaz de contrastar la elevación y la fuerza de tus destinos.

Setecientos años de guerras en toda la Iberia (1) formaron de ella el imperio más vasto que se ha conocido; pero sólo sirvió para empobrecer á sus hijos. ¿Qué te queda de aquel poderío? *Todo lo perdiste, todo* (2), *menos el amor de tus hijos;* éstos te ensalzarán.

Combatida por la tempestad de los partidos y por la ambición de los extranjeros (3), lucharás denodada; te costará sangre, tesoros, edificios...; pero llegará el día de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas, y la fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas.

Una guerra europea está anunciada por muchos profetas, y sus predicciones se cumplirán. Esta guerra llevará sus estragos por todas partes; la peste y otras muchas plagas la acompañarán, esparciendo el terror por dondequiera. El fanatismo de las falsas creencias y los partidos intolerantes llenarán de víctimas muchos países: la Iberia será el asilo de todos los proscriptos; los católicos, huyendo del furor de sus enemigos, se refugiarán en España. Esta emigración prodigiosa aumentará la grandeza de la nación (4).

---

(1) Nótese que dice Iberia y no España, ya para indicar, con otros profetas, que Portugal será España, ya que la restauración de ésta se hará por los soldados de la Tradición.

(2) ¿Y esto no es verdadera profecía, pues anunciaba ya en 1836, cuando aun América era nuestra, la pérdida total de aquel imperio y Filipinas?

(3) Confirmación de nuestra pérdida por la ambición de los yankis y de otros ambiciosos. Léase bien y se notará que también se refiere á otras pérdidas.

(4) Este aumento de población en España explica gran número de profecías que sin él se entienden muy difícilmente: mas para que

Entonces el Tajo producirá un guerrero (1), valiente como el Cid, religioso como el tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes, y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante (2) que con sus feroces soldados se adelantará á la conquista de la Península.

Los Pirineos serán testigos del combate más cruel que habrán visto los siglos; la tierra temblará bajo el peso de los bélicos aparatos. Tres días durará la batalla... En vano el temible gigante querrá animar á los suyos y restablecer el combate, porque el dedo del Señor señaló ya el fin de su reinado, y sucumbirá á los filos de la espada del nuevo Cid.

Entonces el ejército victorioso, protegido por el Supremo Hacedor, atravesará provincias y mares, y llevará el estandarte de la Cruz hasta las orillas del Newa. Triunfará en todas partes la Religión Católica y hará la felicidad del género humano».

(*Luz Católica*, núm. 13=27 de Diciembre de 1900).

Profecía de San Vicente Ferrer sobre el estado actual y venidero de Cataluña.

Hemos visto esta profecía en impresos muy antiguos. En 1871 la reprodujo *Las Profecías*, libro impreso en Lérida, de un teólogo anónimo (el Doctor

---

tal cosa suceda, entonces ya se habrá hecho en España la Restauración, bien que en parte se ha cumplido con los acaudalados de Cuba y Filipinas que vinieron á establecerse en España después de la guerra.

(1) Confirma lo que acabamos de decir. Este guerrero, ó sea el hombre de San Francisco de Paula y de todos los profetas, no vendrá de fuera; estará en Lisboa (desembocadura del Tajo), unido Portugal á España, ó en Aranjuez (orilla del Tajo) ó en Madrid (cuenca del Tajo), por lo cual ya se habrá hecho la Restauración.

(2) De este personaje sanguinario se ocupan casi todas las profecías, y tal vez no haya ni un intérprete que no vea en él el czar de Rusia. Siempre hemos tenido por cierto, después de estudiarlo mucho, que será un emperador de Alemania: esta nación ó agregado de naciones se prepara febril é inconscientemente para tal empresa. Hace hoy cuatro días vimos nuestra opinión confirmada terminantemente por San Vicente Ferrer en un manuscrito muy antiguo que daremos á conocer en *Luz Católica*. (Se publicó en el núm. 29=18 de Abril de 1901).

D. José María Escolá), y después la repitió un folleto impreso en Barcelona en 1879 por Antonio Bosch, obra de «un devoto del Santo». Uno y otro dicen que está «sacada de un sermón del Santo que tenía por tema *Timete Deum*, y que predicó en Bareelona en 13 de Septiembre de 1403». Tenémosla también impresa en el idioma catalán de aquella época, tal como la predicó el Santo.

Tiene esta profecía carácter de auténtica. Si no fuera de San Vicente, merecería serlo: su espíritu y su estilo parecen los mismos que se notan en los sermones proféticos del Santo, varios de los cuales poseemos en manuscrito del siglo XVII, inéditos hasta la fecha, y copiados de los que se conservan en la catedral y *Corpus Christi* de Valencia, que fueron escritos por el mismo San Vicente.

Pongan mucha atención nuestros lectores; no se contenten con leer: mediten lo que dice la profecía, y compárenlo idea por idea con lo presente, que así es como las profecías dan alguna luz. Subrayaremos algunas frases.

«Vendrá un tiempo, dice San Vicente, que ninguno lo habrá visto hasta entonces: llorará la Iglesia; las viudas se levantarán hiriendo sus pechos y no encontrarán consuelo; ahora está lejos, pero llegará sin falta, y *muy cerca de aquel tiempo en que dos empezarán á hacerse reyes:* sus días no se alargarán mucho.

Llorad, viejos y ancianos: suplicad, llorad si algunos sois testigos de estruendo tan grande, de modo que ni fué, ni será, ni se espera ver otro mayor sino el que se experimentará en el juicio.

Pero la tristeza se convertirá en gozo; el Rey de los Reyes, el Señor de las Señores, todo lo purificará y regenerará; *la Francia, con su orgullo, será del todo abatida;* su príncipe, ¡ay!, ¡ay!, ¡que si los bandos lo vieran se aterrarían!

¡Oh, migueletes! ¡Oh, catalanes! La Casa santa, las vuestras y las de toda España prevendréis y dispondréis la justicia; los días no distarán; están ya á las puertas; VERÉIS UNA SEÑAL Y NO LA CONOCERÉIS; pero advertid que en aquel tiempo *las mujeres vestirán como los hombres*; y se portarán según su gusto y licenciosamente; *los hombres vestirán vilmente como*

las mujeres. Llorarán los grandes, LOS PEQUEÑOS se levantarán hasta perderse de vista; EN ELLOS ESTARÁ LA FUENTE DE LA GRACIA Y LA INFLUENCIA DEL CIELO.

Su príncipe demostrará el esplendor de su fe. Esto causará mucho ruído y mucha admiración á todos; pero no lo sigáis con mucha admiración, que *sólo se debe á Dios.*

La justicia estará por este príncipe y su causa correrá á cuenta de Dios, aunque con humildad y pobreza; la oración será aceptada en la presencia de Dios y limpiará sus consejos y gobiernos hasta limpiarlos con grande pureza, y librará á sus amados del oprobio.

Los ejércitos de los enemigos pelearán contra ellos mismos. La gente tendrá sueños espantosos; bienaventurado aquel que ponga toda su confianza en Dios, porque parece que la gente y reino de Cataluña estén de todos abandonados, de todos irritados y enojados.

¡Oh tú, Cataluña! ¿Hasta cuándo quedarás confundida y postrada *en la fe de Carlos* (1), defendiendo la justicia? Los leones de Castilla te robarán la sangre y se reirán de tí; pero pronto lo llorarán y oirán tus voces convirtiéndote á Dios, porque te convertirás con grande estruendo.

Levántate, levántate, no tardes á convertirte á tu Rey y Señor: *Dios te exaltará hasta que te veas con gloria tan grande, que muchos confesarán que éste es el principado más feliz del mundo.*

¡Oh Barcelona, si conocieras cuántas máquinas se han preparado contra tí, cuánto veneno y traición! Los ejércitos se prepararán contra tí, robarán tus trigos y quemarán tus pajas; pero la influencia de las gracias de Dios obrará tus goces. La justicia clama hasta el cielo; no se confundan tus prevenciones y riquezas.

Hasta cuando duermes y callas, está alerta, y vigila hasta tanto que tomes una gran determinación, porque tu resolución los dejará avergonzados. Pronto, pronto; determínate á un hecho tan grande; despierta del sueño en que yaces; mira que te pondrán en un mal guisado y muy desabrido y lleno de corrupción. Te verás como la vendimia en el cubo y te oprimirán mucho, con grande confusión tuya; mas tu determinación descubrirá la traición, y encontrarás la paz en la justicia.

Tu determinación y aliento abrasará á los grandes y orgullosos, limpiará la cizaña de los afectos á la ciudad y al

(1) Tal vez ninguno de nuestros lectores comprenderá el sentido de esta frase, muy diferente del que aparece.

Rey, poniéndolos como el oro en el crisol, porque merecen grandes castigos, y muchos ser reducidos en ceniza y escoria de la amada patria: el rumor limpiará la mala sangre y veneno de la víbora; descúbrase la hediondez de tales embusterías y no viva más.

El poder está en tu mano: eres poderosa; recélate; ves con cuidado; tus ojos siempre en Dios, y no dudes que Él te librará de los enemigos».

(*Luz Católica*, núm. 12=20 de Diciembre de 1900).

Visión de San Alfonso Rodríguez.

Cerca de los años de 1607, estando San Alfonso Rodríguez en una eminencia de la playa de Mallorca, poco distante de la ciudad, que por su frescura y amenidad llaman Salaverde, adonde había ido por orden del superior á recrearse con un compañero, le quiso regalar Nuestro Señor con otra visita más agradable que la que se le ofrecía.

Representósele de repente, sin haberle antes pasado por la imaginación, una grandiosa armada de toda suerte de bajeles, muy bien pertrechada de artillería y gente. Eran tantos en número, que cubrían toda aquella ribera. Estaban puestos en orden de pelear.

La gente no parecía de la tierra, sino del cielo. El capitán, que venía en la avanzada, era Jesús, y en la retaguardia María. Y aunque en toda aquella celestial milicia resplandecía una maravillosa gallardía y denuedo, campeaba sobre todos Jesús, el primero, que guiaba, y María, la postrera, que guardaba y recogía esta armada.

Duró la visión largo rato. Dando después cuenta de ella al superior, dijo que Dios le había dado á entender claramente que, con el gran socorro del cielo que se representaba en aquella armada, saldría por los tiempos el Rey Católico de España en persona, con gruesa armada, contra los moros de Africa, y alcanzando en ella una insigne victoria, la reduciría toda á su

obediencia, y entonces los naturales de aquellas extendidas provincias, abominando de la secta del falso profeta, abrazarán sin dificultad la fe de Cristo.

Esto dijo entonces este siervo de Dios, y después le quedó siempre muy impreso en el corazón, y en todas las ocasiones que se lo preguntaron se ratificó en ello. (P. FRANCISCO COLÍN. *Vida de San Alfonso Rodríguez*. Manila, 1652).

(*Luz Católica*, n. 4=25 Octubre 1900).

Del Beato Nicolás Factor.

«Se levantará en la Iglesia el espíritu de un nuevo David, que será un Pontífice Romano, escogido por la mano de Dios; el cual reformará la Iglesia Católica en tiempo en que se hallará en tanta apretura, que apenas serán católicos y fieles la tercera parte de los que tienen el nombre de cristianos. Este nuevo Pontífice volverá la Iglesia á su antiguo estado y reducirá á los herejes; y en reduciéndolos, se juntará con el Rey, en quien estará la gracia de Dios, y los dos tomarán todos los tesoros de la Iglesia, y hechos moneda, levantarán gente en el Cristianismo, y con poderoso ejército marcharán la vuelta de Jerusalén.

Excitados los Españoles por la santidad de esta causa, se apoderará de ellos un ardor tan santo, que partirán sin despedirse de sus padres y sin arreglar sus negocios. La legión más fuerte de este ejército se compondrá de religiosos regulares y seculares (1).....

Este ejército irá por el estrecho de Gibraltar (2) al Africa; y caminará hasta sitiar la Ciudad de Libia ó Fez, y en ella el gran León de España desenvainará una espada de virtud, reservada para él, y proseguirá su jornada por Berbería, matando y abrasando á todos los que no pidieren el sacramento del bautismo ni profesaren el nombre de Cristo; y serán tantas las victorias que alcanzará de los moros, que de cien leguas vendrán á postrarse á sus pies, á entregarle las llaves de las ciudades y fuerzas. En esta forma vendrá con su campo sobre

(1) Son los Crucíferos anunciados por San Francisco de Paula y otros profetas.

(2) No dudamos que entonces Gibraltar habrá vuelto ya al dominio de España. Inglaterra toca á su fin.

Túnez, donde formará una poderosa armada, y el ejército caminará por tierra.

Luégo que lleguen las nuevas al Turco de que el Rey León viene tan poderoso, congregará aquél un innumerable ejército que pondrá en cuidado al León de España; mas Dios le confortará por medio de un Angel, asegurándole que no tema, porque le tendrá de su parte. Con este auxilio la armada Cristiana, que irá por mar, se apoderará por fuerza de la ciudad de Alejandría de Egipto. Y cuando llegue el aviso al Turco, que será al amanecer, se acobardará éste de suerte que, deshaciendo el ejército, se retirará la tierra adentro; y dejándole el campo franco al Rey León, continuará éste sus victorias hasta Jerusalén; y en llegando á ella, se arrojará pecho por tierra y dará gracias á Dios por tantas victorias y mercedes.

Por este tiempo quedará España en poder de hembras; porque por acudir á la Tierra Santa, apenas se hallarán en ella hombres de catorce años arriba, que no sean viejos ó inútiles; y cuando vuelvan de la conquista, se cumplirá la profecía que siete mujeres irán tras un hombre, preguntando la una por su marido y la otra por sus hijos. Y cuando los hombres se acertaren á encontrar por las calles, se congratularán entre sí de haber llegado á verse juntos, después de tantas tribulaciones. Todo hombre esté alerta, que el tiempo vuela, y no sabemos la hora».

(*Luz Católica*, núm. 89=19 Junio 1902).

En el curso de esta obra pondremos otras varias profecías, según la oportunidad las presente. Por lo que hace á otras muchas que no citaremos, en nuestra *Colección de Profecías* podrán ser consultadas así que se publique.

IV

Predicciones astrológicas.

De Nostradamus.

El Señor hace á veces profetizar á los que por malicia deliberada van á decir mentira ó pronunciar palabras criminales, como sucedió á Balán, Caifás y otros; ¿cuánto más, por consiguiente, puede hacer verdaderas profecías un astrólogo, creyendo él que no hace más que deducir pronósticos de las conjunciones astronómicas?

No toda astrología es reprobable. Oigamos sobre este particular al insigne doctor valenciano Padre Tosca, el cual dice en el prólogo al tratado XXVIII de sus *Matemáticas:*

«La astrología, con el nombre de divinatriz ó judiciaria, tiene contra sí muchos decretos, así eclesiásticos como civiles, que la prohiben; muchos Santos Padres que la abominan; muchísimos autores que la impugnan; pero en medio de esto, no faltan otros que en alguna parte, aun en nuestros tiempos, la defienden».

Desde luego no está condenada en lo tocante á las mutaciones del aire, náutica, agricultura y medicina. Además, por lo mismo que los astros influyen en éstas, influyen también en la parte física del hombre, y por ella, indirectamente, en la parte moral.

Por lo tanto, la astrología puede deducir, por meras conjeturas, algo de probable acerca de acontecimientos futuros de carácter general, nunca individual, y menos contra la voluntad del hombre; porque todas las influencias de los astros, y aun la de todos los ángeles, no pueden quitar á la voluntad su liber-

tad natural y, por lo tanto, nada se puede predecir de ella con seguridad, como no sea por inspiración de Dios, único que puede mover eficazmente la voluntad dejándola libre.

Lo mismo, respectivamente, puede decirse de la frenología y de otras facultades que tienen harto poco de ciencias y mucho de artes vanísimas.

Sin embargo, con título de predicciones astrológicas corren más de cuatro verdaderas profecías, referentes algunas al Gran Monarca. ¿Cómo se explica esto? Porque los autores de ellas no se fundaban sólo en la astrología, sino que la enlazaban con la fe católica y con otras profecías ya existentes. Nostradamus, que fué sin duda el más notable vidente de su tiempo, es un modelo en este género de predicciones. Su astrología casi no aparece, y en cambio la fe católica palpita en todos sus admirables vaticinios. Es más; Nostradamus era médico y no astrólogo.

El doctor valenciano Francisco Navarro de Játiva ofrece asimismo un ejemplar notable en su *Discurso sobre la conjunción máxima, etc.* (1), pues en todo él discurre según estas palabras de la Dedicatoria con que lo consagró al Rey D. Felipe III:

«En el quinto (punto) se tratará de quién ha de ser el felice Monarca que ha de obrar la mayor parte de esta destrucción (del mahometismo); donde *faltándonos la astrología como ciencia conjetural, y que no puede descender á tantas particularidades, acudiremos á la sacrosanta fuente de la sabiduría, á las sagradas prophecías, y señaladamente á las de la águila caudal en su Apocalipsis, que prophetizó este negocio con puntualidad, si es verdadera la interpretación que abajo se referirá,* COLEGIDA DE ALGUNOS SANTOS Y GRAVES DOCTORES».

No por titularse astrológica una predicción hay que despreciarla, cuando toma la astrología como por mero pretexto y ante todo se funda en profecías verdaderas y ella misma lo es quizá. Por estas razones

(1) Valencia, 1604.

respetamos nosotros á los autores ya citados, y no consideramos dignas de menos respeto las predicciones astrológicas de Bacón, Miller, Cardenal d'Ailly, Turrel, Roussat, Lipsio y otros varios que no recordamos ahora. Si sus teorías son vanas, no lo es el compendio que con motivo de ellas hacen de las profecías que conocen.

Miguel Piro, gran astrólogo, estuvo muy lejos de ser profeta; sin embargo, hizo un tan acabado resumen de las profecías de los Santos Padres relativas á nuestro asunto, que por ser de tantos tiene más autoridad que si fuese una sola profecía verdadera, supuesta la fidelidad del resumen, de la que parece no cabe dudar.

Una vez que hemos entrado en esta materia, nos parece oportuno dar á conocer á nuestros lectores alguno de los vaticinios de Miguel de Notre-Dame (Nuestra Señora) vulgo *Nostradamus*, que según notables autores, es el mayor profeta que hubo de sus días hasta hoy (1).

En verdad, nosotros hemos tomado siempre á chacota las profecías de Nostradamus, hasta que hace poco las leímos con algún detenimiento. Para menospreciarlas nos parecía suficiente razón el verlas tan combatidas por sus relaciones con la astrología, y más enmarañadas que madeja sin cuenda. Hoy, en verdad, no las reputamos tales, antes bien confesamos que no hemos hallado en ningún otro vidente detalles tan pasmosos de lo que sucedería á través de algunas centurias después de profetizado.

Cierto que este vidente habla de la inspiración divina *par astronomiques assertions*, en la carta-prefacio á su hijo, y á ellas alude varias veces; pero en su obra,

---

(1) El Cardenal de Malines confesó un día al abate Torné de Chavigny, que en su opinión, después del Apocalipsis no surgió profeta mayor que Nostradamus.

ya lo hemos dicho, palpita la fe católica de un modo admirable, y en su carta al Gran Monarca (con nombre de Enrique II) dice que «todo viene de Dios, á quien da gracias, honor y alabanza inmortal, sin haber mezclado (en sus profecías) la divinación que se pretende hacer por los hados, sino sólo la que viene de Dios».

No obstante sus aficiones y resabios astrológicos, Nostradamus nos parece un profeta verdaderamente inspirado. Más parece historiador que profeta; tal es la claridad meridiana que derrama casi siempre, ocupándose de todos los grandes acontecimientos que hubo desde su tiempo hasta hoy, y habrá hasta la época que debe seguir al Anticristo. Pondremos lo principal de lo mucho que dice sobre la materia de esta *Apología*.

Desde luego señala fecha al principio de la restauración de que va á profetizar, y la fecha es bien terminante: «*el año mil ochocientos noventa y nueve y siete meses*, dice, *se verá el Gran Rey*». Ahora examinen nuestros lectores qué sucedía en orden á esto allá por Agosto de 1900, que es la fecha señalada. También habla de una cosa extraña relativa al estado de este Rey, como la profecía sobre Valencia que pondremos en otro lugar. He aquí ya algún texto de sus profecías:

«Aparecerá en las Españas un Rey poderosísimo, subyugando por mar y tierra el Mediodía. Este varón fuerte, abatiendo la Media Luna, se apoderará del imperio turco.

»Perdido, hallado, oculto (en cuanto al origen de su raza ó familia) por espacio de tan largo siglo, será un pastor honrado como un semi-dios. El árbol que tanto tiempo estuvo seco y muerto, vendrá á reverdecer durante *una noche*; y este rey enfermo, príncipe de pie torcido (flaco, débil) será el temor de sus enemigos.

»Inglaterra habrá tenido hasta entonces el imperio de los mares durante más de tres siglos. Después, grandes armadas abatirán su poder por mar y tierra. Los portugueses (aliados de los ingleses) no saldrán satisfechos de esta contienda.

»Habrá una general subversión; y los ojos cerrados (á la luz del cristianismo) se abrirán para contemplar las fiestas del paganismo renovado, y el Sacerdocio será como abolido. El Gran Monarca vendrá á castigar el frenesí de estos impíos; pero antes habrán ellos despojado de sus tesoros las Iglesias.

»Nacido en las sombras de una jornada nocturna (ó generación desconocida), este Príncipe sabrá reinar con bondad soberana, haciendo renacer su sangre *de la antigua urna* (todos los profetas convienen: no será Borbón de los nuevos, sino desconocido y descendiente de los antiguos).

»Será Rey y Duque (reinará y gobernará); no habrá menester ciudadelas; sus decretos, en todo conformes á la ortodoxia católica, darán al mundo la luz y la paz.

»La Cruz y la paz triunfarán cuando se cumpla el oráculo divino. España y Francia estarán unidas como una sola nación. Habrá un desastre y un combate muy violento; bien osado será el que entonces no tiemble. Sobre los Pirineos se reunirá muchedumbre de gentes extrañas para socorrer al nuevo Rey.

»El Padre Santo rogará al Gran Rey que vaya á pacificar á Italia, y le impondrá las manos para coronarle, quitando el cetro á los que le tienen en la mano izquierda para darlo al que lo tendrá en la mano derecha; con lo cual, de Rey guerrero pasará á ser Emperador pacífico.

»Las *antiguas* (no las borbónicas de los últimos siglos) Tradiciones católicas y monárquicas serán restauradas con todo honor. La Europa occidental se cruzará para someter definitivamente el Oriente á la fe católica; y el Gran Rey, el Hércules flordelisado, hará temblar al universo ante su antigua oriflama».

En Nostradamus hemos hallado también algo que atañe claramente á *Máscara de Hierro* (más adelante le consagraremos un capítulo), en nuestra opinión, y algo también sobre el estado sacerdotal del Gran Monarca... y otras cosas. El lector puede consultar al profeta mismo; lo cual no es difícil, pues de sus *Centurias* se han hecho más de doscientas ediciones en varias lenguas.

Con todo esto, si alguno desea que seamos todavía más explícitos, terminaremos diciendo: que *nosotros conocemos un personaje á quien convienen todas las profecías sobre el Gran Monarca, cuyo nombre es* Carlos

MARÍA. Sus apellidos ya se sabrán cuando él mismo los dé á conocer.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 de Enero de 1903).

Coincide con lo dicho lo que Aníbal Raimundo de Verona dijo en el pronóstico del año 1571, en que llama León al Rey de España, y dice que ha de probar sus fuerzas y mostrar sus dientes contra los que procuran morder y despedazar á los demás, esto es, contra el Turco y los suyos. De cuyo parecer es Comestor, afirmando en sus vaticinios que el Rey de España se ha de enseñorear del mundo y ha de ser protector de la Iglesia y azote de los herejes en todas las partes donde se hallare.

Y si es lícito creer al mentiroso (á lo menos en lo que declara en su confesión contra sí cuando está puesto en el potro de decir verdades), coincide también lo que Acan-Turuley, discípulo de Mahoma y seguidor de su secta, dejó escrito en árabe y volvió de griego en español Joaquín Méndez, natural de Mérida, por los años de 1300, estando cautivo del Soldán en la ciudad de Jerusalén.

En suma, por no cansar, afirma que era natural de Arabia la feliz, gran celador de la ley de Mahoma y mortal enemigo de los cristianos; y que como eminente astrólogo, halló por el cierto movimiento de los cielos y estrellas la declinación y caída de la ley de Mahoma y de sus súbditos y seguidores; porque después de extrañas felicidades y victorias singulares que los secuaces de Mahoma alcanzarían de los cristianos por el Asia y otras partes, vendría tiempo en que nacería un Rey, en los últimos fines del Poniente, de rostro hermoso, que dominará los cristianos y tendrá el mundo en un anillo, y será suave de condición, mny celador de su ley, y dado á la Religión de ella.

Dice que será este Rey el castigo del pueblo de Mahoma y azote del pueblo de Israel; que con el

favor de su Religión empezará á perseguir los moros, echándolos de sus tierras y haciendo grandes armadas contra ellos; y que será el estrago que en ellos hará tan grande, que se tendrá por bienaventurada la estéril, viendo perecer los hijos de otras con diferentes muertes; que estará embotada la espada cortadora de la morisma, de suerte que no cortará en aquel tiempo; y que si bien Ismael se esforzará, será para mayor perdición suya: porque los Leones son desbaratadores, y morirán á sus manos los Cocodrilos del Nilo; y los Sagitarios, con que amenaza al África, son más fuertes que los Elefantes.

Añade que la persecución que este Rey le hará, será de tal suerte, que aun para llorar no le dará lugar: su linaje dice que será poderoso, muy justo, fuerte y muy unido, y que será su cetro la vara de Júpiter y su espada la de Marte; amenaza á Agar y á Ismael mientras viviere este Rey; y añade, que no serán entonces sus mayores daños, porque dejará descendencia muy en detrimento de Babilonia y Constantinopla; á quien persuade que llore, pues cayó su corona, y su collar Real se volvió por aquel tiempo en cadena de servidumbre; y que si bien querrá convalecer y levantar cabeza, será por demás y mayor la recaída; amenázala con sepultura abierta, en señal de que su enfermedad es de muerte; y dice que será risa á los cristianos, y que de Constantinopla y del Cairo no quedará más de los vestigios, y se dirá de ellas: *aquí fué Troya*.

«Llora, Agar, añade, y haz llanto, Nilo, que *no verás cumplido el milenario;* justo pago de tus crueldades y premio merecido por tus sodomías. Jerusalén saldrá de la casa y poder de Ismael, y entrarán en ella el Monte Calvario y los estandartes de Poniente. Paréceme, dice, que siento ya las trompetas de los Sagitarios, esto es, los Españoles, sin que te valga ni sea de efecto, oh Ismael, el socorro y ayuda que tendrás de Francia; porque el León es muy poderoso, y Saturno y Júpiter en la conjunción los significan así.

Dice que en señal de esto, se verán en el Cielo, á la parte

Septentrional, incendios que volverán la noche clara; y muchos eclipses, presagios claros de la perdición de los sarracenos; y en apareciendo una estrella en el firmamento con una cola de una lanza de largo, y el cuerpo redondo como escudo, se levantará de las partes ultramarinas un ejército de gente conjurada, que de conformidad entrará por Egipto, con muchas banderas levantadas, sin temor de sus enemigos; los cuales traerán por cabeza y general *un Príncipe de cuerpo seco y delicado,* cuyo señorío será sobre todos los Reyes y alcanzará victoria de sus enemigos: el corazón de los turcos será ocupado de suma tristeza en aquel tiempo, y verán destruído su imperio en el mes de Junio.

Vendrán los cristianos á porfía á esta guerra, y temblarán los reyes paganos delante de ellos; la belleza de los jardines de Damieta perecerá; abrasarán los árboles desde el Cairo hasta Tamaire, sin dejar más que vestigios. Las ciudades serán destruídas de aquel ejército; las aves comerán los cuerpos muertos, y las fieras se hartarán de la sangre de sus heridas. Egipto será destruído y talado en tiempo de este varón delicado, y Jerusalén ganada por él, y los turcos destruídos.

Pone otras muchas particularidades, que por no ser prolijo no las refiero; pero las podrá ver el que gustare en Francisco de Játiva, ó en el Padre Guadalajara en el libro de la expulsión de los moriscos.

A todo esto parece aludió la Sibila Eritrea, diciendo que el León, que como se ha visto es el Rey de España, ha de rendir y sujetar el Asia, quebrantando y deshaciendo las fuerzas del monstruo que allí reina. Por quien se entiende claramente el Turco, cuya es toda la Asia menor, y mucha parte de la mayor; y añade que no cesará hasta poner, en todo lo que se extendía el imperio de este monstruo, el conocimiento del Cordero, que es Cristo nuestro Señor.

(P. Mtro. Salazar, *La Política Española.—Luz Católica*, núm. 89 =19 Junio 1902).

---

supersticiosa, pensando que volverán la noche clara y muchos eclipses, presagios claros de la perdición de los sarracenos; y en apareciendo una estrella en el firmamento con una cola de una lanza de largo, y el cuerpo redondo como escudo, se levantará de las partes ultramarinas un ejército de gente innumerable, que de conformidad entrará por Egipto, con nuevas banderas levantadas, sin temor de sus enemigos; los cuales traerán por cabeza y general un Príncipe de [illegible] y [illegible] cuyo señorío será sobre todos los Reyes, y alcanzará victoria de sus enemigos; el corazón de los Turcos será henchido de gran tristeza en aquel tiempo, y verán destruido su imperio en el mes de Junio.

Vendrán los cristianos a [illegible] esta guerra, y temblarán los reyes paganos delante de ellos; el califa de los árabes de [illegible] perecerá; arrasarán los árboles desde el Cairo hasta Damasco, sin dejar más que vestigios. Las ciudades serán destruidas de aquel ejército, las aves comerán los cuerpos muertos, y las fieras se hartarán de la sangre de sus hombres; Egipto será destruido y talado en tiempo de esta guerra, [illegible] y Jerusalén ganada por él, y los turcos destruidos.

Pone otras muchas particularidades, que por no ser prolijo omito las refiero; pero las podrá ver el que gustare en Francisco de Lato, y en el Padre Guadalajara en el libro de la expulsión de los moriscos.

A todo esto parece aludir la Sibila Eritrea diciendo que el León, que como se ha visto es el Rey de España, ha de rendir y sujetar el Asia, quebrantando y deshaciendo las fuerzas del monstruo que allí reina. Por quien se entiende claramente el Turco, cuya es toda la Asia menor, y mucha parte de la mayor; y añade que no cesará hasta poner, en todo lo que se extienda el imperio de este monstruo, el conocimiento del Cordero, que es Cristo nuestro Señor.

(1) [illegible]

CAPÍTULO II

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN EN GENERAL

CAPÍTULO II

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN EN GENERAL

I

Los Profetas y el autor (1)

Nuestro arsenal.

Vamos á satisfacer, si podemos, á ciertos reparos que nos han puesto varios amigos, y algunos más que amigos, á quienes debemos toda consideración.

A cuatro pueden reducirse los reparos. 1.° Las profecías que damos á conocer son apócrifas, ó por lo menos merecen poca fe. 2.° Aunque sean respetables, refiérense á tiempos venideros muy lejanos, ó ya pasados, no á los presentes. 3.° Seguramente no vendrán las cosas tal como el Padre Corbató hace hablar á los profetas, y entonces el buen Padre caerá en el más absoluto descrédito, dando un batacazo del que ya no podrá levantarse nunca. 4.° Dada la apli-

(1) Todo este art. I está tomado de *Luz Católica*, n.° 15=10 de Enero 1901, y n.° 52=27 de Septiembre 1901; excepto los párrafos que vamos á intercalar de una carta fechada á 22 de Julio de 1903.

cación que de las profecías hace á sí mismo el Padre Corbató, él es en todo el mundo el menos indicado para hablar de estas cosas.

Aquí tienen los lectores los cuatro puntos en que dividiremos este artículo, condensando la materia de todo un libro; pero antes de entrar en materia, conste que ninguno de los indicados amigos ha leído *Luz Católica*, á no ser algún número por casualidad. Los que más claramente lo dicen son tres religiosos, hermanos nuestros muy queridos. Nuestros constantes lectores no tienen necesidad de preguntarnos y no nos preguntan. Saben á qué atenerse.

He aquí, pues, los titulos de una pequeña parte de los libros que poseemos y de los cuales tomamos las profecías.

Sermones de San Vicente Ferrer; manuscrito del siglo XVII.—Otros del mismo, impresos en dos volúmenes en folio.—*Revelaciones* de Santa Brígida, aprobadas por varios Doctores, Santos, Papas y un Concilio.—*Comentarios* de Cornelio á Lapide, todos.—*Curso de Sagrada Escritura* de Migne, 28 volúmenes.—*Comentarios* sobre el Apocalipsis, por el Venerable Bartolomé Holzhauser, obra en dos volúmenes, bendecida por Pío IX.—*Sermones* del Padre Antonio Vieyra, S. J., cuatro volúmenes en folio.—*Liber Mirabilis*, edición francesa de 1831.—*Nouveau Liber Mirabilis*, por Adrien Peladán, eruditísimo crítico en profecías.—*Diccionario de Profecías y milagros*, ó severísima crítica de unos y otras, por el abate Leganu, en dos grandes volúmenes.—*El incrédulo sin excusa*, por el Padre Segneri, S. J.—*De revelationibus, visionibus et apparitionibus privatis*, magistral obra crítica por Eusebio Amort.—*Revelaciones* de la Venerable Sor Natividad, dos volúmenes.—*Los Destinos Futuros*, por el Dr. da Marcelo, canónigo italiano.—*El Vaticinador*, por el mismo.—*Las Profecías*, por el Dr. Escolá, fundador de la Academia Mariana

de Lérida.—*Daniel, ó sea la proximidad del fin del siglo*, por el Dr. Sanz y Sanz, Arcipreste de la S. I. C. de Tortosa.—*Voces Proféticas*, por el abate Curicque, francés y castellano.—*Nostradamus*, por Eugene Barreste.—*El fin de los tiempos*, por el mismo.—*El Espíritu de Bionnens sobre el Apocalipsis y la profecía de Daniel*, edición francesa de 1798.—*Los Precursores del Anticristo*, por el abate J. Wendel-Wurtz, edición francesa de 1817.—*Tableau des trois epoques*, obra célebre, por un Doctor de la Sorbona.—*La Llave del Apocalipsis*, por Jules Séverin, recomendada por Vigouroux y Brettes.—*Nueva explicación del Apocalipsis*, por un abate de la Trapa (J. M. Heuclin).—*La Iglesia y las Profecías*, por A. de Lambilly.—*Armonías entre el Cántico de los Cánticos y el Apocalipsis*, por el Abate A. J. B. Duprat.—*El Apocalipsis; historia de la Iglesia hasta el fin de los tiempos*, por el mismo.—*El fin del mundo*, por el abate de la Tour de Noé.—Todas las obras del abate Torné de Chavigny sobre Nostradamus; etc., etc.

¿Para qué más? Hemos citado estas obras según nos han venido á la memoria. ¿Será necesario decir que poseemos unos cien volúmenes además de los nombrados? Sólo de un *Almanaque profético* tenemos más de cuarenta tomos. Y cuenta con que ponemos también á contribución profecías tomadas de Historias como la Universal de César Cantú, la Eclesiástica en 52 tomos del Cardenal Orsi y otras varias, algunas tan curiosas como *L'Homme au Masque de Fer*, por Marius Topin. ¿Tenemos arsenal? ¿Se dirá otra vez que las profecías por tan insignes autores hechas, ó compiladas, ó comentadas, son apócrifas ó merecen poca fe? ¿Se dirá otra vez que el Padre Corbató se las inventa?

Una cosa inventa, y es reducirlas á capítulos, cosa que hasta hoy nadie ha hecho. Todo son colecciones sin método alguno, excepto las de la Sagrada Biblia y

sus exposiciones; el lector se confunde en aquel laberinto inextricable, sin que le ayude mucho la luz de los comentarios, no siempre bien fundados.

Nosotros no hemos querido presentar una colección más, sino una obra metódica, desmenuzando las profecías y formando de sus diferentes partes capítulos que damos por orden cronológico y de materias. Es un trabajo colosal, mayormente por el estudio que suponen los comentarios con que las ilustramos, comentarios que nadie tiene obligación de seguir: damos nuestra opinión ó aportamos datos para ayudar al lector; libre es él de opinar lo contrario. Esta obra empieza; todavía estamos en la segunda sección, que es la *Aparición del Gran Monarca* (1).

Si son apócrifas, si no merecen fe, ¿por qué no las condena la Iglesia, antes bien da á las citadas obras censura favorable? Cuando sale algún comentario peligroso, bien cuida la Iglesia de condenarlo, como hizo últimamente con los comentarios del abate Combe sobre la profecía de la Saleta, dejando ésta incólume como todas las verdaderas.

Tanto cuida la Iglesia de que no corran profecías falsas, que en Febrero de 1896 prohibió León XIII publicar toda profecía nueva no aprobada por la Autoridad Eclesiástica, aun siendo claramente inspirada. Ninguna nueva se publica en *Luz Católica*; por curiosidad dimos á conocer la del confesor del Sr. Obispo de Loja, y no nos hemos ocupado de otras más ó menos auténticas que por los mismos profetas ó por sus allegados se nos han dirigido.

Tal vez otros, en nuestro caso, no hubieran sabido contenerse, al ver terminantemente confirmadas por más de un director espiritual de almas favorecidas con el don de profecía, las interpretaciones y predic-

(1) El exceso de trabajo no nos permitió pasar de dicho capítulo en *Luz Católica*. Ponémoslo en la segunda parte de esta *Apología*.

ciones de *Luz Católica*. Sirva de ejemplo la siguiente que nos escribe el superior de una venerable comunidad religiosa de la Mancha; y adviértase que es un solo ejemplo de los muchos que podríamos citar:

«... Y á pesar de que en estos tiempos escasean tanto las almas *vivas* que comunican amistosamente con Su Divina Majestad, he tenido la dicha de tratar alguna que otra... y he tratado de procurarme el argumento *vivo*, aunque indirecto, por medio de esas almas... No me sorprenderá que la muerte de León XIII sea la campanada de alarma... y *antes que se cumplan dos años* (véase la nota de la página 55) aparecerán las verdaderas señales de la nueva regeneración católica española, en aquellos que ostenten la imagen del divino Corazón.

»Todo esto y un poco más puedo decirle, R. Padre, y no porque Vtra. Rvcia. lo haya publicado, sino porque *lo he confrontado:* no tengo talento ni espíritu aventajado para estos casos; pero me he llenado de satisfacción y de esperanzas, al ver tanta analogía entre lo dicho en *Luz Católica* y lo que he oído de quien se arrodilla á mis pies.

»Ya me han dicho que, en lo que se refiere á Vuestra Rvcia., está contestado el *dic nobis palam* en un libro (alude á *Revelación de un secreto)* revisado y alabado por...»

Algunas cosas que por análogos conductos se nos han comunicado, tocan tan de cerca á nuestra región, que según ellas, el Gran Monarca, oriundo de Italia y descendiente de la misma casa de donde viene Carlos VII, nació treinta y tantos años ha en un pueblo de la provincia de Castellón, de padres pobres y humildes. Añade una que este hombre es santo y pecador á la vez, y que *Luz Católica* interpreta bien las profecías. Otra, las más fidedigna, dice que este hombre será conocido y triunfará cuando las profecías lo anuncian, esto es, muy pronto.

Y hasta hay un detalle que excitará la hilaridad de nuestros lectores. Dícenos por escrito uno de tales profetas, que el Gran Monarca «hará al P. Corbató Arzobispo de Valencia». ¿Qué P. Corbató es ese? Hay tres religiosos que llevan este apellido: los tres somos primos hermanos. ¿Será el que esto escribe? Mal lo veo; porque además de mis pésimas condiciones para tal cargo, si el Señor no muda el pensar que tengo desde chico, nadie del mundo podrá hacerme aceptar semejante cosa, si quien puede no me obliga bajo pecado mortal. Por ese lado, pues, duermo muy tranquilo.

Una cosa haremos notar, y es que todas estas profecías, buenas ó malas, concuerdan con las de *Luz Católica* y dan detalles que parecen descubrir algo de verdadera inspiración. Sin embargo, ya ven nuestros lectores cuánto nos alucinamos, que apenas si hemos hecho caso de todo esto, como lo hacemos de las profecías que han pasado ya por el agua y el fuego, y que, por lo tanto, quedan vindicadas de la nota de apócrifas é indignas de fe que les ponen los espíritus ligeros.

Autoridades.

Los que nos objetan con lo indicado en el segundo punto tienen muy original manera de discurrir. Los tiempos pasados pudieron ser predichos, los futuros también, los presentes, esto es, la época que atravesamos, no. ¿Y quién lo prueba? Dícenlo ellos y basta. El sentido común, la lógica popular, el presentimiento público, todo y todos, excepto ellos, dicen otra cosa muy distinta.

Todas las profecías que versan sobre estas cosas convergen en un punto, y es el imperio universal del Gran Monarca. Pues bien; Carlos VII ya habló de este imperio en su *Diario*, y antes de él hablaron muchos, y después muchos más. A 19 del corriente (Septiembre

de 1901) empezaba «Eneas» *El Correo Español* con estas palabras:

«Comentando el viaje del czar á Francia y el entusiasmo que la visita imperial despierta en los franceses, un periódico democrático de por acá pasa revista al mundo, y se asombra de las tendencias que en todos los pueblos hay hacia el imperialismo. Las hay, en efecto, y se necesita estar ciego para no verlas».

Pero las profecías señalan estas tendencias y su término, y todos los *Eneas* exclaman: «¡Quién hace caso de profecías!» ¿Quién? Hombres del temple, fe y sabiduría de Aparisi Guijarro, que previno en todos sus escritos lo que vosotros mismos estáis anunciando.

«Amenaza el día de las grandes tinieblas, decía, y habrá que defender la cuna de nuestros hijos y la casa de nuestro Dios, y habrá que salvar la Patria. El que siga la bandera de nuestros padres, haga por ser digno de seguirla; y si tiene orgullo, que lo pise; y si siente ambición, que la ahogue; y si oye la voz del interés, que la maldiga.

»El que tenga fusil que lo guarde, el que no lo tenga que se lo procure; porque es muy posible, y es muy probable, y parece casi cierto, que se esparzan en breve sobre la tierra las tinieblas, y que suene la hora de Dios, y los hijos de Dios deben estar en pie y mostrarse dignos de sus padres».

«Las nubes se han condensado, la tierra se ha obscurecido; ya se acerca, haciendo estremecer á la naturaleza, el gran rumor de la tempestad. ¿Oís? Se va agrandando, se va acercando; no es Ciro que en nombre de Cristo puede salvarnos; *no es Ciro todavía*: es una confusa y furiosa muchedumbre que viene á pedirnos la debida indemnización por el daño causado».

«Dejados de la mano de Dios, de error en error irán, de ceguedad en ceguedad, de escándalo en escándalo, y reñirán miserablemente, y atrozmente se combatirán; y España dará un grito como el Apóstol: «¡Señor, que nos undimos!» *y brillará en los aires el lábaro de Constantino, y España se habrá salvado*».

¿Quién hace caso de profecías? Los Profetas, los Santos, y hasta los impíos, cuyos nombres y testimonios vais á leer en los siguientes pasajes:

«El espíritu de profecía es el testimonio de Jesús». *(Apocalipsis, XIX, 10).*

«El don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles; mas el de profecía no se ha dado para convertir á los infieles, sino para instruir á los fieles». *(I, Corintios, XIV, 22).*

«No apaguéis el Espíritu de Dios, no despreciéis las profecías, antes bien examinadlas detenidamente y ateneos á lo bueno». *(I, Thes. V, 19-21).*

«El don de profecía es la luz particular de algunos para reconocer las cosas futuras, ó las ocultas en el corazón, ó bien las lejanas. Es verdad constante y fundada en la doctrina de San Pablo, que este don es una de las gracias gratuitas que no requieren la perfección ni siquiera la gracia santificante». (BOSSUET. *Tradition des nouveaux mistéres).*

«Es un principio de fe que el espíritu que inspiró á los profetas de la Ley antigua, muy lejos de faltar en la Iglesia, le ha sido dado con una plenitud desconocida en la Sinagoga; por donde se ve claro que el ministerio profético no ha sido suspendido en la Nueva Ley. Además, San Pablo no nos permite dudarlo, pues en muchos pasajes de sus Epístolas nos presenta este ministerio como una de las mayores señales de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y uno de los elementos de su organización. El don de profecía no será jamás quitado á la Esposa de Jesucristo. Así como el milagro es la obra propia de la Omnipotencia, la profecía es el lenguaje propio de la Soberana Sabiduría» (PADRE RAMIÈRE: *Les esperances de l'Eglise).*

«Este espíritu de profecía se conserva perfectamente entre los hijos de la Iglesia de Cristo, según Joel lo predijo: *En los últimos días, dice el Señor, yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y tus hijos y tus hijas profetizarán.* El testimonio de muchos hombres prudentes y piadosos, como el de los Santos canonizados por la Iglesia, prueban que esto se ha cumplido. San Atanasio da fe de las predicciones de San Antonio Abad; San Basilio de las de San Gregorio Taumaturgo; San Gregorio Magno de las de San Benito; San Bernardo de las de San Malaquías; San Buenaventura de las de San Francisco; San Raimundo de los de Santa Catalina de Sena. Santa Brígida... Santa Hildegarda... Me abstengo de mencionar otras mil predicciones que se leen en las vidas de los Santos, atestiguadas por autores piadosos que escribieron viviendo todavía las personas por ellos nombradas. Si alguno las niega, será menester que niegue también que Cartago fué destruída por Escipión y que Roma fué antiguamente una república, y que no dé fe á monumento alguno de la historia. Pues si es insensato negar estos hechos escritos por autores paganos, aun es más insensato negar lo que han escrito los Santos, como un

San Atanasio, un San Basilio, un San Agustín, un San Bernardo, cuyos testimonios los mismos novadores tienen por verídicos. Es muy difícil engañar largo tiempo á los pueblos». (S. ALFONSO M. DE LIGORIO: *La verdad de la fe, etc).*

«Aunque las profecías parecen fábulas, la ruina de muchas ciudades de la Grecia, destruídas ó despobladas, las súbitas invasiones de los bárbaros y la caída de muchos imperios confirman la verdad de los oráculos. Las desgracias que acaban de sobrevenir á Cumas y Dicearquía, ¿nó eran una deuda que el tiempo ha pagado á las Sibilas que las habían predicho antiguamente? Si es difícil creer que la Divinidad no ha tenido parte en estos sucesos, más lo es creer que se han predicho sin una inspiración... Querer atribuir el acontecimiento al acaso es perderse en lo infinito. Yo no me figuro que pueda decirse que sólo el caso ha hecho coincidir plenamente el suceso con la predicción». (PLUTARCO, citado por muchos autores).

«Es una opinión muy antigua, venida hasta nosotros desde los tiempos heroicos y confirmada por el consentimiento del pueblo romano y de todas las naciones, que hay entre los hombres una especie de *divinación*, á la que los griegos dieron un nombre que significa presentimiento y ciencia de las cosas futuras. No conozco nación alguna, por muy civilizada que esté y sabia ó grosera y bárbara que sea, la cual no crea que lo porvenir es anunciado y que muchos lo conocen y pueden predecirlo». (CICERÓN. Idem).

«Yo no sabré dar la razón; pero es un hecho atestiguado por toda la historia antigua y moderna, que *nunca acontecen grandes desgracias á una ciudad que antes no hayan sido predichas por algunos videntes, ó anunciadas por revelaciones, prodigios ú otras señales del cielo.* Sería muy de desear que la causa de esto fuese discutida por hombres instruídos en las cosas naturales y sobrenaturales, ventaja que yo no tengo. Sea como sea, el hecho es cierto, y siempre, después de estos anuncios, suceden cosas nuevas y extraordinarias». (MAQUIAVELO: *Discurso sobre Tito Livio, I, 56).*

«La filosofía admite las profecías y les señala dos condiciones esenciales: la de preceder indudablemente á los hechos predichos y la de anunciarlos con una claridad que no permita dudar del cumplimiento». (DALEMBERT: *Elements de philosophie).*

«Nunca he querido creer nada; pero en este caso convengo de buena fe en que hay cosas superiores al alcance de los hombres, cuya perspicacia no podrá jamás penetrarlas; testigo esta singular profecía (la de Noel Olivarius), encontrada en los Benedictinos, escondida durante la revolución, y ahora

en mis manos... En verdad, debiéramos referirlo todo al Dios que rige el universo y aprovecharnos de las centellas de luz repartidas entre algunos seres previlegiados para esclarecernos en el camino que debemos seguir». (NAPOLEÓN I, citado por M. A. Le Normand en las *Memorias, etc.*, de la emperatriz Josefina).

«Dios suscita de vez en cuando hombres llenos de su espíritu y de sus luces, á cuyos ojos descorre el velo de lo porvenir, y á quienes encarga decir á sus hermanos lo que han visto y oido». (M. FRAYSSINOUS: *Conf. sur les proph.)*

«En los presentes tiempos, el espíritu profético es incomprensible á los espíritus formados por la filosofía del sensualismo y del egoismo. Cuando se repudia la profecía, que es el espíritu de Dios animando el espíritu del hombre, falsa y deplorable es la ciencia con que se pretende examinarla» (M. PAGÈS DE L' ARIEGE: *Dict. de la couvers.—Proph.)*

«El espíritu profético es natural al hombre y no cesará de vivir en el mundo. Si se me pregunta qué es este espíritu profético, responderé que nunca hubo en el mundo graves acontecimientos que no fueran predichos de alguna manera. Mil expresiones os probarán que unas veces plugo á Dios dejar hablar al hombre inspirado, según las ideas reinantes en tal ó cual época, y otras ocultar, bajo formas simples en apariencia y á veces groseras, altos misterios que no todos los ojos podrán descubrir. Ahora bien; ¿en cuál de los dos casos se obra mal por querer penetrar estos abismos de la gracia y bondad divina, como se penetra en la tierra para extraer el oro y los diamantes? *Hoy más que nunca debemos ocuparnos en estas altas especulaciones, porque debemos estar prevenidos para un* ACONTECIMIENTO INMENSO *en el nuevo orden de cosas hacia el cual marchamos con velocidad acelerada, y que debe cautivar la atención de todos los observadores.* Ya no hay religión en la tierra, y el género humano no puede permanecer en este estado do. Y á más de esto, *tremendos oráculos anuncian que* LOS TIEMPOS HAN LLEGADO YA... El universo está esperando. ¿Cómo podríamos menospreciar esta general persuasión, y con qué derecho condenaríamos á los hombres que, advertidos por señales divinas, se entregan á santas investigaciones? (J. DE MAISTRE: *Veladas de San Petersburgo).*

En otro capítulo pondremos íntegro este pasaje de las *Veladas*.

Lo venidero y el batacazo.

Vamos á los puntos que tratan de nuestra pobre persona.

No hacemos hablar á los profetas; los comentamos ó explicamos, sin empeño alguno en que se siga nuestra opinión. ¿Hacen hablar á los profetas canónicos los expositores de la Santa Escritura? ¿Publicar y explicar profecías antiguas, poniendo su texto literal, es inventarlas, es atribuír á los profetas lo que no han dicho? ¡Cuánto disparate! Disparatar es muy fácil, argüir no tanto.

¿Se cumplirán las profecías tal como nosotros las explicamos? Sí, ó no, que uno y otro es cosa de Dios, y á nosotros corresponde decir solamente como en la *Exposición* á Don Carlos: «Cumplo con mi conciencia, hago lo que es de mi parte, y el resto lo dejo en manos del que gobierna el mundo».

Nuestros críticos olvidan que todas las profecías conminatorias son condicionales, y todas las profecías condicionales dependen del cumplimiento de la condición. Varias veces nos hemos ocupado de esto y confirmado nuestras palabras con autoridades de Santos y Doctores. La profecía de Jonás contra Nínive, por ejemplo, era condicional: faltó la condición, y la profecía no se cumplió al rigor de la letra. Decimos esto, porque las verdaderas profecías siempre se cumplen de algún modo, y así sucedió con la misma de Jonás. Nínive no fué destruído materialmente; pero sí moralmente, porque se convirtió y apenas quedó rastro del Nínive pecador á quien el profeta señalaba cuarenta días de plazo. Además, llega un tiempo, al cual por un doble sentido se refiere siempre la verdadera profecía, en que ésta se cumple materialmente, como al fin se cumplió la de Jonás.

Hablando Da Macello en *I Futuri Destini* de los

sermones conminatorios de San Vicente Ferrer, pregunta:

«¿Por qué no llegó entonces el fin del mundo? Por la misma razón, responde, por la cual Nínive no fué destruído. Merced á la predicación del Santo, levantóse un llanto universal, se hizo penitencia, se extinguió el funesto cisma de los tres antipapas; y así, es de creer que esta conmoción aplacó al señor y se aplazó el tiempo».

El mismo San Vicente Ferrer desarrolla extensamente esta materia, de la cual tratan todos los libros de teología. ¿Por qué no consultan alguno nuestros censores? Tal vez con esto y la historia llegaran á comprender lo que aquí no tenemos tiempo de explicar, esto es, que las profecías de San Vicente Ferrer se cumplieron moralmente como la de Jonás, al tiempo señalado, pues vino el fin de aquel mundo pecador con pestes, guerras y muchos horrores más, y hasta con su Anticristo, etc.

Muchos intérpretes de las profecías se han engañado: por nosotros responderán hasta el día del cumplimiento las pruebas que venimos dando. Tenemos por cierto, según en otras partes hemos dicho, que todo esto que va á verificarse ahora debía haberse verificado por los años de 1868 á 1874, y las oraciones de los justos y la definición del misterio de la Concepción Inmaculada lograron aplacar el Señor. No vinieron los inauditos castigos que ahora vamos á padecer, y por consiguiente, y en castigo de los pecados de entonces, tampoco vino el Gran Monarca, que sólo después de ellos ha de venir.

Pero entonces se verificó de algún modo lo que ahora se verificará en absoluto. Estúdiese aquello y se comprenderá esto: las naciones van á representar ahora el papel de entonces; pero hasta el último límite. El Gran Monarca estaba entonces indicadísimo, y era Carlos VII.

A este propósito, y en confirmación de que nada de esto se cumplirá por ahora literalmente si no se

cumple la condición por Dios impuesta, adelantamos el siguiente texto de Zacarías, con su comentario, tomados de un capítulo que irá en su lugar; y nótese que el profeta se refiere justamente á los tiempos felices que vendrán con el triunfo del Gran Monarca.

«*Mas esto sucederá si vosotros escuchareis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

»Esto es, tened entendido que estas profecías no son absolutas, sino condicionales; su cumplimiento depende de que vosotros *escuchéis con docilidad la voz del Señor Dios vuestro.*

»Como quiera se deben cumplir, alegóricamente ó místicamente; pero literalmente no se cumplirán si con vuestros pecados os hacéis indignos. En ese caso, no me culpéis á mí de falsedad; culpaos á vosotros mismos, porque con vuestros pecados os hacéis indignos de las venturas prometidas con el reinado del Gran Monarca».

En efecto; razones gravísimas que no tenemos lugar de exponer nos convencieron años ha de que el *Gran Monarca* debía haber aparecido por los años de 1870; todo parecía concurrir entonces al cumplimiento de las profecías, lo cual vieron no pocos hombres de ciencia y virtud que muy fundadamente creyeron descubrir al Cran Monarca en D. Carlos de Borbón. La verdad es que el augusto Señor Duque de Madrid parecía, tanto por sus circunstancias personales como por las de su familia y las de aquella época, el hombre de las profecías; pero nuestros pecados sociales nos hicieron indignos, como anunció Zacarías, y la venida del Gran Monarca se aplazó para principios de este siglo.

Es de advertir que, cuando el cumplimiento de profecías tan trascendentales como estas se aplaza, siempre el aplazamiento está anunciado por otras, de un modo que no deja lugar á dudas. Así, todo parecía convenir al tiempo sobredicho y al Señor Duque de Madrid; pero examinando bien las profecías, hállanse muchas, v. gr., la de Zacarías, que de ningún modo convenían, sino que claramente se refieren á otra persona y á un tiempo posterior, cual es el pre-

sente, en el cual aquéllas y éstas coinciden de un modo admirable, como ordenadas todas por el Dios Altísimo que las inspira.

Ahora no se aplazará, ahora vendrá todo como decimos, y artículos ha publicado *Luz Católica* que demuestran cómo se está ya cumpliendo. Los diez capítulos de *Hoy y mañana* son la mejor demostración. Pero dejemos ciertas alturas y hablemos de tejas abajo.

Si nos equivocáramos, ¿qué batacazo daríamos? El que dió Jonás, el que dió San Vicente Ferrer, el que dieron muchos Santos, muchos sabios, muchos intérpretes, y muchos profetas que como Jonás profetizaron por inspiración divina y aplicaron sus profecías por criterio propio que les engañó. Ese es el batacazo que daríamos. La semana pasada decíamos en la *Exposición:*

«He ahí lo que con *Luz Católica* me propongo, Señor, á costa de sacrificios inauditos; de penas y amarguras y privaciones y pobrezas por muy pocos sospechadas; sin esperar recompensas de los hombres; sin propósito de medrar por ningún lado; y deseando llegar al término de mi misión, para retirarme del mundo y vivir ignorado de los hombres vacando á Dios, en cuya presencia confirmo lo que acabo de escribir. Qué he de conseguir, yo lo sé; pero hablo ahora de mis deseos y miro á lo presente sin pensar en lo futuro; y en este concepto afirmo que no me importuna el pensamiento de si conseguiré ó no lo que me propongo; cumplo con mi conciencia, hago lo que es de mi parte, y el resto lo dejo en manos del que gobierna el mundo».

Nada nos importan, pues, los batacazos que podamos dar. A Dios hemos de agradar, no á los hombres. *Si adhuc hominibus placerem, servus Dei non essem.* Cayendo con Jonás y San Vicente Ferrer, deben de ser muy blandos los batacazos.

Porqués y otras cosas.

Pues si nada deseamos, ¿por qué sacamos tantas profecías, aplicándolas á nosotros mismos, cuando

somos los que más debiéramos callar si en verdad nos atañen? Que nos atañan no lo hemos dicho nunca: *Luz Católica* no ha dicho jamás, ni por sueños, que tales profecías se refieran al pobre Padre Corbató. Mas, dado el caso curiosísimo de que á él se refiriesen, ¿debería no nombrarlas por modestia?

¿Y qué se yó? Preguntad, en todo caso, al profeta de Dissentis, por qué dijo que el gran hombre conocería las profecías á él concernientes; preguntad á San Francisco de Paula por qué dijo que el hombre investigaría los secretos del Espíritu Santo en esta materia; preguntad á San Vicente Ferrer por qué hizo tantas profecías de sí mismo; preguntad á tantos Santos como hicieron lo propio, y antes de ellos el Santo de los Santos, Cristo Jesús; preguntad á la Ven. Sor Ana Catalina Emmerich por qué el cielo le ordenó muchas veces publicar sus revelaciones proféticas, que no se inspiran para que estén ociosas, sino para que las conozcan los hombres. Si á nosotros preguntáis, os diremos como en el núm. 36 de *Luz Católica:*

«Diferentes veces, si no me equivoco, recuerdo haber leído en *Luz Católica* que usted desciende de familia muy noble por su señora madre, y que parece muy misterioso el origen de la familia de su padre. Padre Corbató, sáquenos usted de dudas, díganos alguna cosilla que pueda aportarnos alguna luz, porque somos muchísimos los que la deseamos.—N. R.»

Esto nos lo preguntaba un amigo, y le respondíamos:

«Jamás he dicho en *Luz Católica* semejante cosa, ni tengo prisa en averiguar los aborígenes de mi familia, que para nada necesito de ellos. Cierto que algún punto misterioso he comunicado á más de dos amigos; pero aquí no sé más que decir con el inmortal Aparisi:

«Si alguien me lo disputa, trazaré mi árbol genealógico, colocando el tronco sobre el arca de Noé, y si no os dais por satisfechos, en medio del Paraíso. Yo soy noble, yo soy Duque y Grande de España: Dios me dió el diploma, y lo he mostrado á los hombres, por un pensamiento sublime que jamás